

## UNA JORNADA EN SIGÜENZA, QUE SON MUCHAS

la parra o de la higuera, hacía la calle del Seminario.

Allá, en ese rincón de la Sigüenza que sabe a miel y dulce de leche frita y tocino de cielo que se arranca a pedazos por degustar el dulce sobre el dulce de la tierra que se pisa, aguardaba esa figura, casi mítica ya y leyenda siempre que es Mariano Canfrán, cuyos cinceles marcan y enmarcan las torres provinciales y los patios serranos y sus plazas como si fuesen la viva luz de la mirada de los Sorolla o Vázquez Díaz o los claroscuros de Romero de Torres.

El taller de Mariano es uno de esos hervideros de conocimiento, de un arte que se moldea a fuerza de tesón.

-Me adelanté para bajar al taller una lámina de tu pueblo -me dijo, como en secreto.

Allí estaba Atienza, grave siempre en la mirada del cincelador seguntino.

Mariano es de esas personas que, cuando hablan con la mesura sencilla de la humildad, tienen el don de arrebatar.

Mariano, como botón de plata que se abrocha sobre la capa castellana, comenzó a poner el sello a una jornada genial, mostrando, cincel en mano y lámina de cobre y burel y fuego, cómo se gesta el trabajo del hombre para que pase a ser posteridad.

Después las despedidas, y los agradecimientos, y el tenderse las manos para decirse hasta siempre y por siempre, amigos de Sigüenza, hasta siempre y por siempre a Francisco Domingo, primer edil del municipio y más de veinte; a Concha Barahona, Charo Galán, Paloma García Atance, Jose Manuel Latre, Primitivo Alguacil, Sandra Ibáñez, Charo Toro...

Desde aquellos altozanos por los que Sigüenza comienza el atardecer, con la sierra recortada al fondo, y entre ella, como bastiones que emergen en la bruma lejana del horizonte guadalajareño, destacaban como vigías de una tierra grande, los cerros de Atienza, donde, apenas un mes atrás dejé a mi madre muerta.

Desde esos altozanos, distintos a los que me llevaron por vez primera a la gran ciudad de

los obispos, cuarenta y seis años hace, quienes regresábamos a Madrid sabíamos que la jornada mereció la pena.

Sabíamos que la Casa de Guadalajara, cuarenta y seis años hace que permanece con los balcones abiertos desde la plaza de Santa Ana a la provincia toda de Guadalajara, nunca podrá cerrar esas ventanas y mirar a través de celosías ocultas a una provincia que ama y lleva dentro de todos y cada uno de los corazones que fueron y son parte de la Casa.

Sabíamos, sabemos, que tras la fuerza adquirida a través de la mano tendida de uno de los ayuntamientos con más rellumbré de esa provincia que tenemos por emblema, nunca podrá fenecer sin salir a combatir a campo abierto, por la tierra de Guadalajara.

Cuarenta y seis años ha que conocí Sigüenza en uso de razón. Cuarenta y seis años, que la Casa, nuestra Casa, permanece en la plaza de Santa Ana.

Olvidamos, las prisas que son malas siempre, adentrarnos en ese patio grave del castillo fortaleza episcopal y lanzar al fondo del pozo la moneda de nuestros deseos.

No hay problema, nuestro párroco, Labros siempre en la memoria, ante la Virgen de la Salud, en Barbatona, dijo aquello ya redicho de "cuando a nadie se puede ya recurrir, espereemos la intercesión de la patrona, que los milagros existen..."

En ello confiamos, en la Virgen de la Salud de Barbatona, que nos riegue con su mano de buenas intenciones, en el pueblo de Sigüenza, en la provincia entera de Guadalajara...

A cuarenta y seis años atrás se retraía la mirada de todos y cada uno de los que regresábamos a Madrid cuando la tarde se convertía en inmortalidad.

Sigüenza-Casa de Guadalajara en Madrid, hasta la eternidad postrera de los siglos, centinelas perpetuos de una historia, la de una provincia, Guadalajara, siempre viva y presente siempre más allá de los confines patrios.

TOMÁS GISMERA VELASCO